

**Sandra Newman**

Un mundo  
sin hombres





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Sandra Newman

## Un mundo sin hombres

Traducción del inglés por  
Julia Osuna Aguilar

---

Título original: *The Men*

© Sandra Newman, 2022

© por la traducción, Julia Osuna Aguilar, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

La cita de la pág. 7, Sículo, Diodoro, *Biblioteca histórica*, Libro I, 86, 3,

Editorial Gredos, 2001, Madrid; traducción de Francisco Parreu Alasá

Los versos de la pág. 342, © *Swing Low, Sweet Chariot*, Songtrust Ave, Sony/

ATV Music Publishing LLC, interpretada por Etta James

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-322-4166-6

Depósito legal: B. 416-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

---

## 1

Cuando los hombres desaparecieron, no se sintió nada. Yo estaba de acampada por los montes del norte de California con mi marido y mi hijo. Anochecía y el cielo estaba de un solo color: violeta grisáceo, sedoso, oscuro. Las hojas color lima limón del aliso que tenía por encima temblaban e irradiaban una luz más viva que la del cielo. Dentro de la tienda, mi marido, Leo, leía en el iPad mientras dejaba que nuestro hijo de cinco años, Benjamin, que tenía terrores nocturnos, se durmiera echado contra él. La luz del aparato se vislumbraba por la ventanita con mosquitera. Yo estaba fuera, tumbada en una hamaca, demorando el momento de meterme en la tienda con ellos. Era agosto, hacía calor incluso allí arriba en plena sierra, y me había imaginado viendo salir las estrellas y sintiéndome indómita y solitaria, sin ataduras. Quise dar rienda suelta a mis fantasías de escapar,

---

de bailar como *prima ballerina* en Japón o navegar sola alrededor del mundo: fantasías en las que no me había casado y tenía toda mi vida para mí.

Aun así, al mismo tiempo, sentía la presencia de mi marido y de mi hijo, y me encantaba que estuvieran allí. Les profesaba amor verdadero. No era que quisiera estar soltera y sin hijos; lo que quería era fantasear con esa posibilidad estando ellos allí. No me preocupó no oírlos en mucho rato. Había habido épocas en que había sentido miedo en este mundo, malas épocas. Esta no era una de ellas y me sentía feliz.

A las siete y catorce minutos de la tarde sucedió una intensa nada, secundada por una euforia que no se originó ni en los nervios ni en el cerebro. Más tarde lo recordaría como «estar drogada». En cuanto se me pasó, tuve la sensación de que Leo y Benjamin ya no estaban, pero rápidamente deseché la idea por absurda. Los cambios de humor eran habituales en mí y solían ir acompañados de ideas estrafalarias. Miré hacia la tienda y vi la luz de la tablet, un punto animado. No los llamé para asegurarme. No quería despertar a Benjamin. Volví a mis pensamientos.

Debí de quedarme dormida a eso de las ocho. Al pie de la montaña, en el mundo habitado, las mujeres estaban ya llamando a la policía. Corrían por sus casas gritando nombres. Aporreaban puertas para pedir ayuda y se encontraban con que sus vecinas también estaban corriendo por sus

---

casas gritando nombres. Se dirigían a comisarías para encontrárselas iluminadas, vacías y con las puertas abiertas. Del cielo caían pequeños aviones.

Me quedé dormida en medio del monte mientras el mundo se desmoronaba. No me desperté en toda la noche hasta que salió el sol.

Sus voces en vida, broncas y graves. El sonido de un hombre en otra parte de la casa. Niños que se cuelgan de ramas y chillan como monos, amagando patadas. La capacidad que tienen tres niños de sonar como diez. Un tamborileo en una mesa. Silbar. Ruido masculino espontáneo.

Hasta nunca.

Muy pocas mujeres en tal o cual comité ejecutivo. Otra junta directiva sin mujeres. Hombres que toman decisiones sobre los cuerpos de las mujeres. Clubes para caballeros. Los derechos de los hombres. Las revistas de mujeres. Feminismo. Hasta nunca.

Ver cómo tu novio juega a la consola. Reírte con la anécdota de un hombre y, luego, la anécdota de otro. Prepararte para cuando va a enseñarte algo que ha hecho él... y el alivio cuando no está mal. El papel de chica. Poner vocecita de niña. Usar zapatos planos para asegurarte de no ser más alta que él.

La mano grande en tu hombro. Él diciéndote que todo saldrá bien. «Estás guapísima», dicho así,

---

con esa autoridad. Dejarle tomar el mando. Dejarle conducir. Dejarle decidir. Él llevándote en brazos a la cama. El subidón de sentirte sexualmente indefensa ante eso. Ser un objeto de deseo para los hombres.

Hasta nunca.

El sentimiento asfixiante de que te pisen al hablar. Un hombre poniendo voz de pito para remedarte. En una fiesta, los ojos de un hombre pasándote de largo para buscar a una más joven. Él respondiendo a tu pregunta, pero dirigiéndose a ella. Dos hombres que hablan para que los oiga una mujer joven; ella atiende en silencio como si fuera jurado de un concurso. Tú dices algo y los otros tres esperan con impaciencia a que termines. Nadie te escucha porque no quieren mirarte. Verte en un espejo de un aseo público y ver lo que ellos ven.

Él, que empieza a dar miedo. Él, que le pega a la pared. Bajar la cabeza y tragar. Avergonzarte por haberlo provocado. Estar orgullosa de no haber sido tú. Ese momento en que te das cuenta de que no tienes el control; todo el pensamiento mágico se desmorona y eres un cuerpo al que están matando. O simplemente ir andando y acercarte a un grupo de hombres al doblar una calle. Ellos, que enmudecen y se te comen con los ojos al pasar. No te miran a la cara. Pisadas tras de ti en la oscuridad. Unas manos grandes en tu garganta. No poder pararles los pies.

---

Hasta nunca.

Tu padre. Tu hermano. Tu amigo. Tu hijo.

El día que conoces a tu marido.

En mi caso, Leo.

Un tipo vino a ver un coche que había restaurado mi padre, un Corvette C4 del 91. Lo acompañaba su amigo Leo, un rubio anodino con un ligero acento extranjero. Se había apoyado contra la pared del garaje, en una postura de hombros caídos que sugería aburrimiento y le daba un aire adolescente, aunque en realidad tenía treinta y ocho años. De pronto, de la nada, cruzó la mirada conmigo y me sonrió.

Yo estaba pasando por la peor época de mi vida, justo después de lo de Alain. Sufría ataques de pánico, me había salido psoriasis y tenía un pie lesionado que habían tenido que recolocarme dos veces. Allá adonde iba, me acosaban. Había tenido que mudarme con mi padre porque vivir sola era demasiado peligroso; me habían pegado más de una amenaza de muerte en la puerta del piso. Diecinueve años y ya condenada... Esa era la palabra que siempre me venía a la cabeza: *condenada*.

Pero le devolví la sonrisa a Leo. Lo nuestro fue compenetración instantánea.

Se me acercó con la cordialidad campechana y desgarrada de un perro que saluda a otro perro.

—Buenas, me llamo Leo —se presentó, con ese acento suyo.



---

—Pues yo soy leo —se me ocurrió decir, aunque en el acto añadí torpemente—: Aunque no es que crea en la astrología ni nada de eso...

Sonrió, pero no respondió. Ambos volvimos a fijar la vista en el Corvette, un modelo con los bajos muy pegados al suelo y una carrocería que lo hacía parecer ágil, como con cara de estar a punto de abalanzarse sobre una presa. Azul cobalto. El amigo de Leo se había posicionado ya tras el volante mientras mi padre, que estaba con los codos apoyados en la puerta abierta, iba explicándole los arreglos que le había hecho al motor. Yo había estado ayudándole con el coche y le tenía mucho cariño, hasta el punto de que cuando pensaba en él me entraba una nostalgia punzante; a veces incluso me ponía a hablarle cuando no había nadie. En ese momento, sin embargo, al verlo con los ojos de Leo, sentí que no le importaba a nadie más. El amigo quizá se lo quedase o quizá no; había más coches. Y daba la impresión de que a Leo los deportivos le parecían una chorrada, una opinión que yo habría compartido años atrás. Ni siquiera era verdad que mi horóscopo fuera leo; cuando me pongo nerviosa, me da por soltar mentirijillas tontas. Yo sabía que Leo y su amigo eran biólogos y trabajaban los dos en la sede de Santa Cruz de la Universidad de California. Quise decirle que yo antes tenía vida propia, que había sido bailarina profesional. Me entraron ganas de contarle toda la historia, justificándome incluso, como había evi-

---

tado hacer hasta la fecha. Por supuesto, era posible que él ya la conociera, que fuera a girarse y a decirme: «Oye, tú eres Jane Pearson, ¿no? ¿Cómo te sientes sabiendo que esos críos no volverán a ser los mismos?».

Cuando me giré, vi que él también estaba mirándome. Estábamos los dos al lado, muy pegados, y parecíamos a punto de besarnos. Leo se puso colorado —era de sonrojarse a la mínima— y yo me sentí descolocada, sonriendo tontamente, una cría. No se me ocurría nada gracioso que decir. Luego aparté la vista sin pretenderlo. Ahora él se iría y no volvería a verlo.

—Me alegro de que no creas en la astrología —me dijo entonces.

Cuatro meses después estábamos casándonos.

Me quedé dormida en medio del monte. El sol se puso. Las estrellas fulguraron al tiempo que, en mí, fulguraban y fluían los sueños, guiados sutilmente por los cambios de la brisa en mi cara. Mi marido y mi hijo llevaban ya horas desaparecidos para siempre. Dormí de un tirón hasta por la mañana. Cuando me desperté, ya había salido el sol. El cielo estaba despejado, se veía inmenso, teñido de un azul que recordaba al huevo de un petirrojo. No tuve ninguna premonición. Cuando vi la tienda vacía, con los zapatos de los dos todavía allí, así como el móvil de Leo y las llaves del coche, di por

---

hecho que habían ido a orinar entre los árboles. Mi marido se sentía como pez en el agua en medio del bosque y no era de extrañar que se hubiera marchado descalzo. Hice café y calenté una sartén para freír unos huevos. Pasó un rato y el pánico fue apoderándose de mí, al principio lentamente y luego de golpe, como un rugido en los oídos. Se volvió tan intenso que me entumeció. Veía el bosque y el cielo como en una película muy colorida. Estaba intentando respirar para no desmayarme. Empecé a llamarlos a gritos.

No sé cuánto tiempo estuve así, respirando todo lo hondo que podía y luego gritando. Sé que se convirtió en un esfuerzo físico muy exigente, como si estuviera cavando. Probé varias veces a llamar al 911, pero no tenía cobertura en el móvil. Empecé a peinar el bosque, sin dejar de gritar sus nombres, yendo y viniendo del área de acampada como por los radios de un círculo imaginario, aunque sin encontrar nada; ni un sitio donde hubiesen podido caerse ni huellas. Intenté ponerme en su pellejo y pensar como ellos: la razón por la que Leo habría llevado a Benjamin a algún lado sin avisarme, que hubieran podido despistarse a la vuelta... Pero mi marido no se habría perdido; se ganaba la vida estudiando los bosques. Tampoco habría permitido que yo me levantara y me asustara al no verlos por ninguna parte. Si por algo se definía era por ser una persona responsable.

En cierto momento, me agaché a toda prisa al

---

ver un envoltorio de KitKat, pese a que nosotros no comíamos chocalatinas y a que el envoltorio estaba ya desvaído y quebradizo. Aun así, mi cuerpo quiso creer que significaba algo. Me quedé allí en cuclillas, pensando en los pumas, en Leo teniendo un infarto y en mi hijo corriendo para avisarme en dirección contraria al área de acampada. Cuando volví a ponerme en pie, el sol ya había salido de entre los árboles y tuve la vertiginosa sensación de que se había elevado mientras yo estaba allí acucillada al lado del papel de la chocalatina.

En ese punto alcancé un pico de pánico y empecé a bajar el monte a toda prisa. A medio camino del coche, recuperé la cobertura y marqué el 911. Al oír el tono de llamada, sentí un alivio inmediato. Me puse a andar en círculos como si fuera una vuelta de honor, pensando ya que todo saldría bien. Para eso estaba el Grupo de Rescate en Montaña. Su día a día era encontrar a gente desaparecida. Solo habían pasado un par de horas, y además iban los dos descalzos, de modo que tampoco podían haber llegado muy lejos. Seguro que todo tenía una explicación y que no habría pasado nada. Ya otras veces se había apoderado de mí el pánico y al final siempre encontraba una explicación.

Cuando respondieron, dejé de dar vueltas y me enderecé en el sitio, como a la voz de firmes. Saltó un mensaje grabado: «No cuelgue, por favor.

---

Estamos recibiendo un gran volumen de llamadas...». Contuve la respiración, en un intento por mantener la compostura, con mi propio aliento resonando con el teléfono pegado a la oreja. «Mi hijo lleva un pijama rojo de los Vengadores —iba pensando yo—. Estamos en la ruta del lago Diamond en el bosque nacional de Siskiyou, en la nacional 199. Benjamin tiene cinco años. No sabemos si es alérgico a las abejas.» La grabación se interrumpió entonces y me puse tan rígida que parecía que me hubieran dado una descarga eléctrica.

—Novecientos once —dijo una voz de mujer—. ¿Está su emergencia relacionada con algún varón?

Como la pregunta no tenía ningún sentido, la ignoré.

—Necesito que me pasen con el Grupo de Rescate en Montaña, por favor. —Al decirlo me eché a llorar. Lo dije más alto, sollozando—: Mi hijo y mi marido han desaparecido. Es el bosque nacional de Siskiyou, en la nacional 199. Han salido sin zapatos. Ya han pasado varias horas.

—¿Me confirma que las dos personas desaparecidas son varones?

—¿Cómo? Son mi marido y mi hijo. Sí, son hombres. Sí.

—Señora, voy a pasar a leerle un comunicado. Procure atender bien porque, de momento, es todo lo que podemos hacer por usted. A las siete horas y catorce minutos en horario GMT-8 del día

---

26 de agosto se ha producido una desaparición masiva que ha afectado a hombres y niños. La dimensión de la crisis hace imposible responder a cada problema de forma individualizada, de modo que estamos pidiéndole a la gente que mantenga la calma y consulte fuentes de noticias para estar al tanto de las novedades. Ahora mismo no tenemos más información. Por favor, no vuelva a llamar a los servicios de emergencia...

—Que me ponga con Rescate en Montaña —dije hablando por encima de ella—. Por favor, se trata de un niño de cinco años. Es muy pequeño. Necesito a los de Rescate.

—Señora, no lo entiende.

—Tiene que ponerme con ellos. Es su trabajo.

—A las siete horas y catorce minutos de la tarde del 26 de agosto se ha producido una desaparición masiva que...

Colgué. Comprobé las llamadas recientes para asegurarme de que realmente había marcado el 911. Volví a marcarlo y me saltó otra vez la grabación. Eso bastó para que me entrara un miedo horrible por todo el cuerpo, pero esperé, dando vueltas, sollozando y murmurando por lo bajo. Cuando por fin me atendieron, una mujer distinta empezó a leer el comunicado antes de que yo pudiera decir nada:

—A las siete horas y catorce minutos de la tarde del 26 de agosto se ha producido una desaparición masiva que...

---

—¿Me quiere escuchar? ¿Me quiere escuchar de una puta vez?

—¿Es con relación a una mujer?

—No —respondí, y la comunicación se cortó en el acto.

Volví a llamar al 911, sudando y llorando, y me saltó la grabación. Maldije y tiré el móvil al suelo y luego me agaché corriendo a cogerlo. Por encima, los árboles se removían y producían un sonoro frufurú, muy cercano, hasta que, cuando el viento amainó, se rindieron al silencio. No se oían pisadas. No había ningún sonido que pudiera ser de pisadas. Yo estaba dispuesta a morir por salvar a Benjamin; eso tenía que servir de algo. Me senté en el suelo e intenté llamar a mi padre, pero no respondió.

Luego quise llamar a mi marido a pesar de que le había cogido el móvil de la tienda y lo tenía en mi propio bolsillo. Seguía albergando la remota esperanza de que me lo cogiera y me dijera dónde estaban. No cedí a la tentación. Si perdía más tiempo, quizá estuviera condenándolos para siempre. Me puse en pie. Volví a remontar la ladera.